

Capítulo N° 6

La casa chica

Al rato Brayan sentado, reposando en la oficina del comisario arribó una ambulancia, un médico joven boliviano, con los ojos rojos, brillosos y agrietados de estar de guardia desde hacía tres días.

El servicio médico debía revisar que el detenido no hubiera recibido maltrato. El joven galeno revisó algunos rasguños que se encontraban en codos y rodillas principalmente, un par de magulladuras y raspones no más que el mismo se había infligido al intentar huir trepando a la reja. Aunque el verdaderamente herido era su orgullo, dejando en carne viva y ardida la broca a sus “colegas” y jefe provocándole fastidio y más arrogancia. Cada acto que observaba desde su lugar de espectador estático en la comisaría, él que se estaba acostumbrando a ser un actor con más protagonismo día a día en la obra absurda y trágica de su vida, lo hacía sentía incómodo e inquieto, pero no tan asustado. Su instinto y perspicacia le habían permitido deducir que eso era solo un trámite burocrático y como escuchó en más de una oportunidad su situación de ser menor lo beneficiaba de forma segura bajo el amparo y protección de la ley Argentina.

Sentado aguardó dos horas, mientras tanto una suboficial le llevó la cena. Un sánduche de milanesa con papas fritas y una gaseosa saciaron su histórica hambre dejándolo más que satisfecho, aunque con un malestar en su estómago, nunca había cenado tanto en una sola noche.

Con el estómago lleno y tratado cortésmente se relajó y sus ideas fluyeron de forma ordenada y calculadora.

—Estos gatos me re tiraron al sopi, me lleva a la tumba el rati hijo de puta. Naaaaaa....., ni da. Die corchazo al poronga este le doy. —Magullaba solo su bronca e impotencia sin resignación alguna.

En ese momento se arma una revuelta, un par de detenidos habían prendido fuego los colchones, el Brayan vio la oportunidad de salir, la puerta de la oficina del comisario daba a la sala de espera y estaba a dos pasos de la calle.

—¡Bondi, motín, motín, bondi! —Los gritos se escuchaban desde adentro de los calabozos.

Se dio cuenta que había otra suboficial en el mostrador, no se animó. Pero observaba y aprendía. Los policías iban y venían corriendo con matafuegos ante la mirada perpleja de dos hombres que se encontraban sentados en la sala de espera para hacer las clásicas denuncias por robos de autos.

Mientras una chica del mostrador de no más de veintidós años y unos 45Kg y de 1,50m alcanzaba baldes a los compañeros llenándolos con la canilla dispuesta en la misma sala cercana a la puerta de entrada.

Uno de los viejos sentados en la sala de espera y áspero gesto miró a Brayan, le sonrió y haciéndole una mueca le señala la puerta.

—Tomatelá, en vos baja.

El otro tipo se puso ayudar a la suboficial alcanzándole baldes con agua. Miró para todos lados, fue despegando sus nalgas de la silla, cuando desde la recepción se escucha un grito embravecido cual crujir de jaguar en celo.

—¡Quedate ahí y ni se te ocurra mover una pestaña!

Semejante grito hizo vibrar los vidrios, era la cabo de 45kg hizo valer su rústica y aguda voz haciendo que el Brayan se atornille al asiento mientras la otra cabo no dejó de llenar baldes tras balde.

Dos minutos después llegaron los bomberos, aunque el fuego estaba casi controlado ellos lo terminaron de apagar.

Dos detenidos se quisieron fugar, a uno lo agarraron en la azotea y el otro no llegó ni al patio de atrás de la comisaría sin antes prender fuego las frazadas.

Un par de quemaduras de los policías, los presos ni una lastimadura y los presos al calabozo de al lado sin colchones ni frazadas, motivo suficiente para reclamar malos tratos.

—¡Queremos colchones, queremos frazadas!, al mejor etilo de canto coral gregoriano.

Una vez todo tranquilo el mismo tipo que le señaló a Brayan la puerta, al ser atendido le dice en voz baja a la cabo, ese negrito de mierda así como lo ves nos mata. Hay que hacerlo mierda a estos negros, hay que matarlos a todos. Ustedes no hacen nada, país de mierda.

La cabo, típica chica de tierra adentro quiso disimular no oírlo, pero su indignación fue más grande.

—Señor, callesé si no quiere que lo denuncie yo y remítase solo a su denuncia.

—Si me robaron el auto es porque ustedes no hacen nada. El tipo entre dientes.

Ella lo miró.

El hombre no dijo nada y continuó con su denuncia.

Al rato llegó la madre de Brayan a los gritos, desde la puerta.

—¿¡Qué le hicieron a mi hijo!?! Es menor de edad, hijos de puta. ¡Los voy a denunciar!

—Callate mamá, bajá la vos, no grites. —Carlos el hijo mayor.

—Vos dejame pelotudo que no servís para nada, que yo los conozco a estas ratas. No sirven para nada. —Haciendo ademanes y a los gritos.

—¿¡Dónde está mi nene!?! ¿¡Dónde está!?! Hijos de mil puta, ratas inmundas, asesinos, vagos, chorros.

La cabo y otra policía intentaron tranquilizarla en vano, mientras el comisario escuchaba el parte del jefe de calle que le daba los por menores del incendio mientras observaba a la madre que no pase de gritos la situación.

En eso llega la asistente social, que sin saludar dando cuenta de quién era quién se abalanzó sobre la madre y le dijo.

—Buenas noches tranquila señora, yo soy la asistente social. ¿Qué le hicieron al menor?

A todo esto, la madre todavía no se había acercado a Brayan que se encontraba a dos metros de ella dentro de la oficina con la puerta abierta, sentado y sin moverse dentro de la oficina.

La mujer solo atendió las suplicas de la asistente social, una chica rubia, de ojos claros que se la llevó a un costado y le habló en voz baja.

Enseguida encaró al comisario que seguía dialogando con el jefe de calle a unos tres metros en un pasillo que daba a otras oficinas. Llega otro oficial con un par de suboficiales trayendo una moto que habían capturado persiguieron dos delincuentes que lograron fugarse en los fondos de la villa “La gomas”. La moto bien acomodada terminó en el fondo de la comisaría con unas ochenta motos más abrigadas por los colchones y frazadas recién quemadas.

—¡Es menor de edad! ¿Qué le hicieron? —La asistente.

El comisario, un tipo grande, a punto de ascender, y con sonrisa, voz pausada y grave le contestó.

—Buenas noches, lo sabemos señorita, por eso se la notificó. —Y continuó más pausado aún—. El ciudadano es menor, ya fue atendido por el servicio médico y cenó... —Luego de tomar aire el comisario agregó mostrando más aún sus dientes de blanco marfil chaqueño—. Ya la cabo Jiménez le alcanza el informe médico doctora. —Sabía que no era doctora pero el zorro viejo elevó el ego de la señorita a la estratósfera.

Sin siquiera decir gracias la asistente social cruzó la calle con la madre de Brayan llevándola de la mano, en frente había un quiosco abierto y le compró a Brayan una chocolatada y unas galletitas.

Brayan ya comenzaba a percibir las bondades de la comisaría, nunca había comido tanto en tan poco tiempo.

Mientras devoraba galletas y chocolatada y saciaba su gula y angustia la chica se acercó otra vez a Elsa.

—Señora, tranquila, usted pregúntele a su hijo si le hicieron algo. Si es así hacemos una denuncia, mire aquí le dejo la tarjeta de mi hermana que es abogada.

Mientras charlaban firmaron unos papeles y salieron los cuatro de la comisaría.

—Estoy con mi auto, yo los alcanzo. —La asistente.

—No, gracias. Yo voy caminando. —Carlos.

Al verlos salir, el comisario se quedó mirando la puerta cuando le comenta al jefe de calle por lo bajo.

—Este va ser cliente regular...

En las pocas cuadras desde la comisaría hasta la entrada de la villa en ningún momento la asistente social se dirigió al muchacho para preguntarle que le pasaba.

En su casa sintiéndose cuidado y protegido por la justicia durmió tranquilo.

Siete y media de la mañana Carlos lo despierta para ir a trabajar, lo hace de mala gana, al pasar por la cocina ve a Mónica cocinando rosquitas y bolitas de fraile.

—Buen día, ¿Quéhacé? —Brayan.

—Y, hay que trabajar, hay que traer plata a casa. ¿No?

—Che, vosó una boluda...

No le contesto, solo se miraron con Carlos y agregó.

—Decile a la señora que llego tipo dos de la tarde para ir a limpiar.

—Dale.

Elsa se estaba levantando. Los miró a los tres.

—Che, qué quilombo, no se pueden levantar sin hacer ruido. —Mientras tomaba el control de la tv y ponía un informativo de derecha. —Y vos tarada, a ver si me dejás todo limpio eh...

Cuando salieron a la calle justo pasaba caminado Tito, el cura de la capillita del fondo.

Un muchacho joven, de no más de veintisiete años que además era odontólogo, de familia patricia de pleno Palermo que al llamado del Señor no solo se había hecho sacerdote salesiano, sino que era tercermundista mitad anarquista mitad comunista, totalmente fuera de época e ideales.

—Buen día Carlos, Brayan... qué temprano por la calle muchachos, qué bien que les quedan los barbijos... —El curita.

—¿Qué tal padre? —Carlos.

Carlos lo quedó mirando solo dos segundos, y el cura ni corto ni perezoso entendió toda una frase.

—Che Brayan, tengo que hacer unos laburitos en la capilla, después de trabajar con tu hermano. ¿Te venís? Me ayudas y yo te pago.

—Ni daaaa en vos baja.

El único interés de Brayan era encontrar a quienes lo habían dejado tirado. Pero parecía que la calle se los había tragado, menos gente que otros días. Carlos fue a terminar la reparación en la casa que ya había llevado a Brayan. Mientras el apoyado sobre una pared en un rincón solo miraba, su trabajo se limitaba a alcanzar herramientas al hermano y limpiar mal y con mala gana lo que iban refaccionando. Pero no dejaba de observar y estudiar, como un auditor anotaba todo en su cerebro y fue descubriendo que tenía gran capacidad de ubicación del espacio y gran memoria audiovisual.

Almorzaron en el patio un sánduche que había comprado Carlos, mientras comían miraba como la familia lo hacía en el comedor. Se le fruncías las

cejas y la mirada se le hacía penetrante y torva, bajaba más la cabeza y se encorvaba.

En esta ocasión se preguntaba por qué él no podía vivir como ellos, cuál era su pecado capital para heredar culpas que nunca tuvo. ¿Por qué tanta diferencia? Se veía inalcanzable vivir en una casa, simplemente eso, una casa digna, con agua caliente y una ducha, que no se le lloviera, que estuviera caliente en invierno y fresca en verano. Con un piso que no sea de tierra y con unas paredes limpias. Que no tuviera el desagüe de la cocina ahí mismo mostrando una canaleta con olor fétido y nauseabundo de agua gris constantemente como tajo en la piel. Pero en su interior suponía que lo verdaderamente inalcanzable era el amor, la contención y el respeto. Aunque no sabía muy bien como era, solo lo podía ver desde afuera, como en una vidriera, como si fuera una pantalla de cine que está ahí pero inalcanzable e impalpable.

Cuando volvió a la casa, en la esquina recostado sobre el poste de luz estaba Marito, dejó que el hermano entrase primero.

—Brayan vení para adentro.

—¿¡Quién so vo, che boludo, mi papá!?! ¡Tomatelá pancho!

El hermano caminó lento por el pasillo.

—Che vite bolu que no pasa naaa. Tuvite en la leonera. Votené suerte bolu porquenotené año, so menor. No te pasa na bolu. —Marito.

—Tamatelá drome, son todo ruchi. Ni cavida. Too mal boló. Yo novoy ma, ni da. Brayan esta vez lo miraba de frente moviéndose dispuesto a lanzar puñetazo.

—Hoy salimo, todo joya, nopasa na. El Chungo ya dijo que tevada ma. Perovo tambien bolu, re tranqui salí bolu. Tené que corré, mové la pata loco. Notehagá, venite que el chungo tiene algo pavó.

La tardé pasó lenta y apacible. Inquieto esperó al Chungo, a eso de las seis de la tarde lo llamó el tío para ir a cartonear, el viejo zaino estaba más a menos recuperado.

—Depués voy, en el quiosco. Le dijo Brayan. El tío sabía que la noche anterior había estado detenido y el hombre era un trabajador honesto que no le gustaba los robos ni la mala vida.

—Dale vení, mirá alta yanta le puse, mostrándoles las ruedas del carro. El tío había logrado cambiar las dos ruedas de carro altas por dos ruedas de un viejo Citroen 12 CV.

—Cortala loco, en el quiosco. —Impaciente con el tío Brayan haciendo ademanes con las manos.

El quiosco era el lugar donde solía encontrarse el tío con los amigos y colegas de oficio.

Y tío salió a trancos lentos y cuando el carro llegó a la avenida llegó el Chungo en el auto.

—Vení entrá chatrán.

Brayan entró al auto para reclamarle su accionar poco caballero y dudoso profesionalismo. Al abrir la puerta del acompañante le dijo el Chungo.

—No atrá... —Brayan cerró la puerta y al abrir la puerta trasera estaba la Tere. Se quedó quieto y ella río.

—Dale pelotudo, pendejo del orto entra....

—No tengas miedo, dijo ella y lo agarró de la mano.

Se sentó quieto, el Chungo dio un par de vueltas y estacionó el auto junto al alambrado del fondo y el muro que como frontera infranqueable los separaba de la gente “buena y honesta”

El Chungo salió del auto.

—Che turra tarada te doy quince minuto.

—jajajaja, sobra forro... —La Tere.

No había terminado de salir del auto que ella agarró a Brayan y le desabrocho el pantalón, tres minutos de sexo oral fueron suficientes para que el pibe se sintiera grande, fuerte y diferente a los demás.

Ya había pasado un seudo debut sexual y solo el muro fue testigo del ominoso inicio sexual del Brayan, pero a él no le importó, ya era todo un hombre para los estándares y parámetros comunes. De aquí en más su actitud debía cambiar, ahora era un hombre.

Terminado el trámite Teresa salió del auto cuidadosamente y de forma amable saludó a Brayan con una sonrisa de puro cortesía.

El encanto que sintió Brayan en ese momento hasta fue de enamoramiento instintivo, pasional y sincero. Pero continuaba paralizado y no podía salir del auto, tenía la certeza de que era amor, o algo así...

De forma canalla y vil el Chungo supo voltearse a tiempo para ponerlo en evidencia y mirarlo para que Brayan lo observe. Sería una firma inaudible casi contrato y deuda de por vida. Ahora sí lo tenía en la palma de su mano, ya era un empleado del Chungo.

Continuará

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ.

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia